31. MOVIMIENTO DE SACERDOTES PARA EL TERCER MUNDO

El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM) formó parte de las corrientes renovadoras de la Iglesia que el sociólogo brasileño Michael Löwy definió como "cristianismo liberacionista", un universo amplio de experiencias que abarcaba la Teología de la Liberación, los curas villeros y los curas obreros. Movimientos impulsados por el Concilio Vaticano II, realizado en Roma entre 1962 y 1965 durante los pontificados de Juan XXIII (1958-1963) y Pablo VI (1963-1978), que promovía reformas significativas de la Iglesia como el abandono del latín para dar misa, la atención preferencial a las personas pobres y la transformación hacia una institución más participativa.

El MSTM consideraba que las naciones de América Latina, Asia y África, que no estaban comprendidas dentro de los bloques capitalista y soviético, debían construir un camino de liberación alternativo para la humanidad. El episodio fundacional de este movimiento en Argentina ocurrió en 1968, durante la dictadura de Juan Carlos Onganía, cuando un grupo de 21 sacerdotes, en su mayoría jóvenes, aprobó el "Manifiesto de los Obispos del Tercer Mundo". Tiempo después cobró mayor impulso cuando adhirió a la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano, realizada en Medellín, Colombia, en septiembre de 1968.

En cada una de estas instancias se realizaban críticas a la distancia que la jerarquía de la Iglesia mantenía con las desposeídas y los desposeídos. La prédica de los sacerdotes renovadores rechazaba el autoritarismo, la desigualdad y la opresión social, y cuestionaba el capitalismo, caracterizado como un sistema deshumanizante que debía ser modificado de raíz.

Los sacerdotes del Tercer Mundo no se limitaban a la prédica sino que asumían un compromiso diario con las personas humildes, a quienes consideraban sujetos de la historia y no meras destinatarias de la caridad, como había entendido tradicionalmente la Iglesia. Por eso, tenían una activa participación en barrios, movilizaciones sociales y políticas. En Argentina, además, articulaban con el movimiento obrero, la izquierda, el peronismo, las organizaciones armadas, sectores juveniles e intelectuales.

Si la práctica pastoral era indiferente ante la injusticia, entendían que entraba en contradicción con el evangelio. El padre Carlos Mugica, quien

desarrollaba su labor pastoral en la parroquia Cristo Obrero de la Villa 31, lo decía así en 1973: "Cuando se nos dice que por ser curas del Tercer Mundo queremos cambiar la Iglesia, contestamos que no, que queremos volver a la auténtica tradición de la Iglesia".

Este compromiso con la liberación, sin embargo, no era entendido del mismo modo por todos los integrantes del MSTM. Algunos de sus miembros eran partidarios de la revolución social y creían que la lucha armada era una vía para la emancipación, la consideraban legítima cuando existía una "tiranía evidente y prolongada". Así lo expresaban en documentos eclesiales. Para otros, en cambio, ese camino no era válido, entre ellos, el padre Mugica, quien decía "estoy dispuesto a que me maten, pero no a matar". Por su parte, el obispo Enrique Angelelli, posteriormente asesinado por la dictadura, desde la diócesis de La Rioja, propiciaba una organización sindical de trabajadoras y trabajadores mineros, rurales y empleadas domésticas.

La revista *Cristianismo y Revolución*, publicada entre 1966 y 1971, planteaba la relación entre el cristianismo liberacionista, los movimientos armados y el peronismo revolucionario. En uno de sus artículos decían que si Jesús había vivido entre las personas pobres y perseguidas encarnando un mensaje de redención, seguirlo implicaba "partir el pan con los indigentes y sufrir con los hambrientos". Otro matiz estaba en la Teología de la Liberación, cuyo nombre está asociado al peruano Gustavo Gutiérrez. Esta corriente de renovación del cristianismo pensaba que "la opción por los pobres" consistía en plantear la concientización para transformar las desigualdades desde el marxismo (las ideas comunistas derivadas del pensamiento de Carlos Marx).

En Argentina, estos sectores renovadores de la Iglesia fueron víctimas de la dictadura, que los veía como **subversivos** y "agitadores sociales". Fueron censurados y perseguidos por la jerarquía de la Iglesia católica a la que pertenecían, la misma que, a su vez, fue parte de la trama del **terrorismo de Estado**.

El 11 de mayo de 1974, cuando salía de dar misa, Mugica fue asesinado por la Triple A, una organización parapolicial anticomunista que operó en los años previos a la dictadura. Su crimen fue el primero de una larga lista cometidos primero por la Triple A y luego por la dictadura. El informe de la CONADEP incluye la categoría de "víctimas religiosas". Durante el Juicio a las Juntas Militares, el sacerdote jesuita Orlando Virgilio Yorio, sobreviviente de la represión, contó que su torturador le decía: "ir a vivir

a la villa, con tu cultura, permitió unir a la gente, a los pobres y unir a los pobres es subversión". En el libro, *Los desaparecidos de la Iglesia. El clero contestatario frente a la dictadura,* la investigadora María Soledad Catoggio releva un total de 113 víctimas religiosas de distintas congregaciones y tradiciones católicas.

El 4 de julio de 1976 fueron asesinados cinco miembros de la comunidad de padres palotinos en un acontecimiento conocido como la "Masacre de San Patricio". Aunque no integraban el MSTM, fueron "acusados" de serlo por los asesinos, quienes el día de la masacre, dejaron un mensaje: "zurdos, murieron por ser adoctrinadores de mentes vírgenes y son MSTM". Además, sobre uno de los cuerpos, los asesinos colocaron la hoja de una historieta arrancada de una de las paredes, en la que está la figura del personaje Mafalda con el bastón de un policía diciendo "este es el palito de abollar ideologías".

Desde principios de la década del 1980, muchos religiosos se sumaron a organizaciones de derechos humanos para denunciar los crímenes de la dictadura, como el "Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos" y el "Servicio de Paz y Justicia", presidido por el activista y profesor argentino Adolfo Pérez Esquivel, quien ganó el Premio Nobel de la Paz en 1980.

Cada una de las historias de las víctimas es conmovedora por algún motivo, como la de Mauricio Silva, "el cura barrendero", secuestrado en la mañana del 14 de junio de 1977 mientras realizaba sus tareas municipales en una esquina del barrio porteño de Flores. En su memoria se instituyó el 14 de junio como "Día Nacional del Barrendero".

Bibliografía

Catoggio, María Soledad (2016). *Los desaparecidos de la Iglesia. El clero protestatario frente a la dictadura*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Dominella, Virginia (2020). *Jóvenes, católicos, contestatarios: religión y política en Bahía Blanca (1968-1975*). Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.

Donatello, Luis Miguel (2009). Catolicismo liberacionista y política en la Argentina: de la política insurreccional en los setenta a la resistencia al neoliberalismo en los noventa. *América Latina Hoy*, *41*, 77-97.

Löwy, Michael (1999). *Guerra de Dioses. Religión y Política en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.